

# Las memorias del ogro

Fulgencio Robletero





Algunos derechos reservados

Esta obra está publicada bajo una licencia Creative Commons por la que usted es libre de copiar, distribuir, usar para que la mesita de noche no cojee y comunicar públicamente esta obra siempre que lo haga sin ánimo de lucro y bajo la condición de reconocer la autoría. Si desea hacer obras derivadas de esta obra lo podrá hacer siempre que reconozca la fuente, carezca de ánimo de lucro y se distribuya bajo una licencia idéntica a esta.

En La Mancha. 2010.

Fulgencio Robledero.

Publicado en [www.lasangredelleonverde.com](http://www.lasangredelleonverde.com) .



En los cuentos de hadas las princesas atrapadas por dragones y monstruos conservan su belleza, su fragilidad, también su dulzura. Los guerreros encantados por brujas conservan su coraje, fortaleza y humor. Los cuentos de hadas retratan un mundo hermoso que no suele coincidir con la realidad. Es duro convivir con el monstruo, meterse en la cama con él, sentir sus brazos hacer jirones tu ropa y tu alma, sentir amordazado de miedo la debilidad de una brizna de hierba ante un huracán, dar de comer al ogro tus lágrimas y tu impotencia y nunca saciarlo, nunca saciarlo. Un mal día llegas a pensar que no hay solución, no hay príncipe que te pueda rescatar ni conjuro que encierre a la bestia en un arcón, ya no eres capaz de soñar con un futuro en donde el monstruo no vomite su aliento sobre tu nuca a cada momento; dejas de soñar simplemente y el ogro se convierte en el amo y señor de tu alma.

Es fácil decir "¡resiste princesa!" para quien no conozca la fuerza o la perversa inteligencia del ogro, pero con él a tu lado ¡es tan difícil conservar puro algo de tu alma! Es casi imposible educarte en la posibilidad de amar cercado por estruendos de gritos y de desprecios; vivir con la esperanza de que hay un mundo más allá de la lúgubre mazmorra de la bruja malvada. Es casi imposible luchar contra la bajeza, la desconfianza, la cobardía que se va instalando en tu alma. Te tienta tirar la toalla, caer a los pies de la bestia y decir ¡ya basta, no me resisto más!, te tienta tanto tanto el resentimiento infinito, dejar abierta esa herida en tu alma por siempre para que supure, para que nunca sane; y llegar al punto de que sea el odio a la bestia lo que te haga ser quien eres.

Pero hay príncipes y princesas que lucharon con fortuna en esta batalla. Que conservaron en su corazón algo limpio entre tanta oscuridad, como quien esconde un diamante de los ladrones nocturnos. Ellos lucharon en el campo de batalla más peligroso, lucharon en su corazón para desterrar el horror y el odio. Son muchos más los que sucumbieron y no pudieron ser héroes y ahora viven como verdugos de otros o de ellos mismos. Para estos mi compasión. Pero para los que lucharon con éxito contra el dragón de siete cabezas, para aquellos que no doblaron sus rodillas ante el terror y la inquina, mi admiración. También para ellos está escrito este libro.

Los cuentos de hadas son bellos... a veces el mundo real lo es mucho más.



## ALGUNAS PALABRAS INICIALES

Este libro pretende ser una reflexión sobre la crueldad del hombre. El deseo de dominar a otros, renunciando a los naturales vínculos de fraternidad que unen a los hombres, en favor de la opresión, ha sido, hasta hoy, el sueño de algunos. Ni de todos, ni de muchos, solo de algunos. Esta raza ha sembrado la tiranía a su paso desde el inicio de los tiempos. Gengis Kan, A. Hitler, Dionisio, Artajerjes, G. W. Bush o Julio Cesar eran movidos por los mismos sueños que alientan al matón del colegio, al acosador del trabajo, al maltratador de su pareja... la voluntad de someter a otros hombres, la incapacidad de verlos como iguales. De ellos trata este libro, de esa raza de ogros que como hombres viven entre nosotros. Ríen, comen, hablan como nosotros pero no sienten nada; un viento helado sopla en el hueco que tienen por alma y a eso lo llaman sentir, como enormes escarabajos antropomorfos pululan nuestras calles, nuestras ciudades y nuestras vidas en definitiva. Pobres diablos que llevan el infierno en la yema de cada uno de sus dedos, y en cada una de sus palabras y lo extienden por doquier como un olor nauseabundo.

De ellos trata este libro, que es una advertencia, un cuento de terror con final feliz o un empujón a una puerta que se resiste a abrirse.



## El placer del dominio:

¿Has cogido alguna vez a un pequeño insecto entre tu índice y tu pulgar? ¿Lo has visto patallar inútilmente entre tus dedos? ¿Has sentido el poder de tu fuerza ante su insignificancia? Si tu corazón nunca se ha estremecido ante la certeza de que la vida o la muerte de un ser despreciable dependen por entero de tu capricho, no podrás entenderme.

Sentir al mundo como una tela de araña que de manera fantasmal se resiste a tu fuerza vanamente; tu fuerza que doblega, rompe, destruye e, incluso, perdona y protege... Siempre, en el centro de todo, como la banda sonora de una película que es tu misma vida, siempre tu fuerza, tu voluntad, tu deseo y capricho, a veces cruel e inmisericorde, otras compasivo y tierno.

¡Ah, pero que pronto se hastía el alma de expandir su dominio sobre seres débiles y fútiles! ¿A qué edad descubriste el placer de dominar a otros hombres, de controlarlos y dirigirlos, como títeres de tus caprichos? Quizás desde siempre saboreaste ese dulce sentimiento, aprendiste con lágrimas a encadenar a tu madre, con gritos a tus hermanos menores, con alagos a los que eran más fuerte que tú. A veces, me perdí, yo también, en ese camino, tropecé con piedras que frenaron mi imperio, pero también aprenderías, como yo, a rodear esos escollos, a dejarlos atrás, a despreciarlos u odiarlos según el albur de tu soberbia. En ocasiones, tuviste que apartarte de la melodía que quería que se tocara para ti, pero también aprendiste así lo doloroso que es renunciar a ello, la necesidad de perseverar, de usar fuerza e inteligencia, que no sospechabas dentro de ti, para trenzar sobre otros las cadenas de tu voluntad.

Como tú, según mi fuerza y astucia ejercí mi imperio en pocos o en muchos. Si mi cobardía era un freno a mi prepotencia, me bastó el dominio sobre mi pareja e hijos, con ese pequeño reducto de poder ha sido suficiente para la mayoría de los nuestros. Pero si la fortuna ha querido favorecerte y poner en tus manos otras presas de tu voluntad ¡cómo explicar a simples hombres la dicha de ese imperio! Y si una conjunción de los astros ha arrojado a tus manos partidos o naciones, es inútil tratar de explicar la felicidad que ha alcanzado tu alma. Si los pueblos que ven las masacres de los tiranos pudieran comprender el febril y omnímodo placer de dominar a otros hombres, quizás podrían comprender los actos de los sátrapas y faraones.

Nuestro rastro ha sido siempre ríos de sangre y lágrimas. El asesinato es una forma tosca de sometimiento, somete al cuerpo al que arrebató la vida; mucho más dulce es a nuestro corazón someter el alma de otro hombre con la palabra o con uno solo de nuestros gestos.

## La cadena corta y la cadena larga:

Es un error pensar que el poder se ejerce con la sumisión inmediata. Tampoco es cierto que el único placer del dominio sea el momento en el que vemos en los ojos de la víctima el reflejo de una voluntad doblegada. Para algunos este gesto de sumisión representa el momento culmen, pero, en mi opinión, es una visión tosca y simplificadora del sutil placer del dominio.

El sentimiento que debemos buscar frente a nuestra víctima es la sensación de control sobre su vida, sobre todo la sensación de que la dicha o la desgracia de otra persona está totalmente en nuestras manos. El acto de sumisión en donde la víctima renuncia a su voluntad y la pone en nuestras manos es solo un eslabón más en el proceso total de sumisión. En cierto modo, es el fin de un proceso en el que hemos sometido a la víctima al hostigamiento físico y emocional, pero es, sobre todo, el inicio de una relación en donde obtendremos día a día el dulce fruto de un corazón doblegado a nuestro capricho.

El ogro que busca un refinado placer de dominio, debe conocer, por lo tanto, la teoría de la cadena larga y la cadena corta. A veces, para sentir de cerca el calor de nuestra víctima ataremos cada uno de sus actos y palabras con la cadena corta. Seremos inflexibles, crueles y no dejaremos uno solo de sus actos sin respuesta ni agresión. En este estadio de la relación de dominio el daño infringido a la víctima es grande y continuo. Buscamos con él el aplastamiento emocional y la anulación personal del sujeto para obtener, en consecuencia, el dominio sobre él. Sin embargo, debemos comprender que mantener esta situación indefinidamente no es posible casi nunca, y cuando lo es no es recomendable. No es generalmente posible porque la gente sometida a esta presión suele optar por la huida o el enfrentamiento directo que puede hacer tambalear tu poder. El constante machacamiento emocional es viable con niños pequeños o con una pareja especialmente sumisa, pero en otro tipo de relación de dominio solo sirve para romper rápidamente los lazos de nuestro yugo.

Por lo tanto, todo buen ogro debe hacer uso de la cadena larga así como de la corta; es decir, ser capaz de establecer un control tenue y distante sobre la víctima. No estoy proponiendo con esta estrategia de la cadena larga el abandono del control, sino realizarlo de un modo menos obvio y asfixiante. Para lograr dependencia emocional es preciso en esta etapa adular a la víctima, adoptar un tono de paternal superioridad que nos permita controlar no solo el dolor de nuestra víctima, sino también su felicidad. Tras el periodo de cadena corta cualquier muestra de afecto es magnificada por la víctima ya que el contraste entre nuestra anterior crueldad (cadena corta) y nuestro falso sentimentalismo (cadena larga) es enorme. De esta manera seguimos manteniendo el control sobre la víctima distendiendo en algo los lazos del dominio. En cierta medida actuamos como el pescador que suelta o recoge hilo alternativamente pero que no olvida su último objetivo: capturar al pez.

Doy fe que esta danza de la cadena corta y la cadena larga proporciona un placer psicológico intenso a cualquier ogro. Evitamos, además, con esta estrategia que la víctima comprenda cual es su situación y huya de nuestro abrazo. Verla reír en nuestras zarpas sabiendo que esa risa puede ser transformada en el llanto más

desconsolado por cualquier contingencia de nuestro capricho es una sensación de poder difícil de comprender para los hombres simples.

## El temor difuso:

El acto de terror es como el relámpago que casual y vertiginosamente ilumina el cielo. En la relación de dominio el acto de terror debe ser economizado en lo posible, aunque algunos ogros encuentran en él el placer supremo del dominio. El terror explícito debe ser usado con cautela y calculando el momento idóneo para ejercerlo, un ogro que utiliza el terror continuamente y descontextualizándolo es un ogro torpe.

El terror no tiene como fin únicamente exhibir fuerza y ejercerla sino que también busca conceptualizarse como posibilidad que amenaza la vida psíquica de nuestra víctima. El acto de terror nos permitirá crear el clima apropiado para perpetuar nuestro imperio, es decir, gracias al acto puntual de terror generaremos un ambiente de temor difuso que doblará la voluntad de nuestra víctima sometiéndola al acoso de una constante amenaza no definida.

Gracias a la continua amenaza y la puntual actualización del terror, creamos un clima en donde el temor a que se haga efectivo el acto de terror oprimirá el universo mental de nuestras presas.

Ya he dicho que el terror debe usarse puntualmente, pero ¿qué es un acto de terror? Todos cometemos pequeños errores a cada momento, aunque nos pasen desapercibidos: hablamos en voz alta cuando alguien intenta escuchar algo, dejamos caer una gota de bebida en el mantel, tropezamos, manchamos de carmín una prenda, etc. El ogro debe usar estos actos minúsculos e insignificantes como continuas “casus belli”, es decir, debe ejercer sobre los errores de la víctima control y acoso. Aunque una persona normal pueda considerar agotador ejercer control sobre otra persona, esta actividad es una de las más dulces que un ogro puede realizar. Además es importante señalar que el control es arbitrario, por lo tanto el ogro cansado puede cesar de controlar cuando otras ocupaciones más urgentes le llamen. Algunos ogros caen víctimas del placer del control y lo transforman en una droga que ocupa las veinticuatro horas de su jornada, eso es un error. Lo importante no es la continuidad del control sino el carácter férreo a la par que aleatorio, ya que no buscamos un control total y efectivo, cosa imposible, sino generar una difusa atmósfera de temor.

Es evidente, por lo dicho antes, que el control sobre nuestra víctima no persigue encausar su conducta o prevenirla; no tiene sentido frases como “ten cuidado que vas a tirar la copa” o “si sigues haciendo ruido con la pelota te castigaré”, la advertencia e incluso la amenaza reconducen la conducta de la víctima e impiden que violen nuestro capricho; es cuando nuestro capricho es violentado cuando nuestra ira puede aflorar.

La imaginación al poder. La causa por la que el terror puede concretarse sobre nuestra víctima puede ser casi cualquier cosa: un suspiro, su risa, un cabello en el lavabo o hacer ruido arrastrando una silla al sentarse. El objeto no es corregir conductas sino generar en nuestra víctima la sensación de que en cualquier momento, haga lo que haga, nuestra furia se descargará sobre ella. La víctima intentará “hacer bien las cosas”, pero nunca podrá cumplir su objetivo; ella creará que sí y nosotros alimentaremos esa esperanza; en el fondo, sin embargo, nosotros sabremos encontrar razones para actualizar el terror sobre ella.

Un psicólogo estadounidense hizo en el siglo pasado un sublime experimento: introdujo a unos ratones en una jaula con el suelo metálico, de cuando en cuando, aleatoriamente, los ratones sufrían descargas eléctricas. Los animales creían que la causa de esas descargas era su conducta en el momento previo al shock eléctrico. Los ratones evitaban esas conductas que supuestamente provocaban los shock, pero las descargas seguían. Muchos ratones murieron, otros permanecieron semiparalizados en un rincón de la jaula; en los que sobrevivieron se constató un nivel de estrés y de desgaste orgánico extraordinariamente alto.

## La vivisección emocional:

Según el filósofo francés Rene Descartes, el hombre consta de res extensa y res cogitans. La res extensa es nuestro cuerpo que actúa al modo de un mecanismo que autoregula el calor, la necesidad de alimentos, la expulsión de desechos, etc. En este sentido el hombre es una máquina. Sin embargo, poseemos también una res cogitans, es decir un alma, que nos permite no solo pensar sino también poseer sensibilidad. Esta parte parece ser inmortal. Por contra, los animales carecen de res cogitans, no tienen alma y, por lo tanto, son como autómatas mecánicos incapaces de sensibilidad. Descartes llevaba así a sus últimas consecuencias la teoría cristiana según la cual solo los hombres poseemos alma. Ya que los animales carecen de alma, no tienen sensibilidad, sus gritos de dolor o aullidos de alegría son como chirridos de una máquina, aunque nosotros humanicemos estos sonidos interpretándolos como señales de sentimientos. Claro está, que si los animales no tienen sensibilidad, son como máquinas y no tenemos ninguna responsabilidad moral sobre su dolor, ya que no sienten dolor. El dolor de un perro es una construcción de mi mente, objetivamente no es más que el ruido de una máquina indicando una disfunción...

Esta idea permitió el amparo moral de la vivisección durante los siglos subsiguientes; perros y cerdos eran atados a mesas para ser diseccionados vivos, así los estudiantes podían ver unos pulmones funcionando, el torrente sanguíneo bombeando un corazón o los movimientos de los músculos en una pata desollada. Mientras, máquinas-animales entonaban su retahíla de molestos aullidos de no-dolor.

¡Oh, la crueldad humana! Cuando es sostenida por la inteligencia su alcance es ilimitado. El ogro debe aprender de esta historia: solo la vivisección del alma de nuestra víctima nos dará conocimiento y poder sobre ella. Su llanto no será más que el ronroneo de una máquina disfuncional.

Como todo arte, la vivisección emocional precisa de un genio innato, a la vez que trabajo y disciplina. Quien carezca por completo de dotes de penetración psicológica, podrá ser un ogro, aunque rudimentario, si compensa el déficit con una disciplinada observación del lenguaje verbal y no verbal de sus víctimas. Está fuera de estas memorias explicar que gesto denota miedo, que mirada refleja tristeza o que palabra inseguridad, pero todo ogro que se precie debe ser capaz de reconocer una serie de emociones básicas en su víctima.

Generalmente esta virtud de comprender emociones la posee todo el mundo, la vida social sería imposible sin esta comprensión mutua, pero mientras que la gente normal tiene una comprensión unida a una implicación emocional, el ogro tiene una fría comprensión intelectual de las emociones de su víctima; él observa a su reo como el entomólogo al insecto objeto de sus observaciones, con distancia y sin implicación emocional alguna. El frío conocimiento de las emociones de una persona y la desimplicación afectiva por lo que ella sienta, nos dotará de un poder inmenso sobre esa persona. Conoceremos su personalidad, sus debilidades y aquello de lo que se siente orgulloso, los recovecos de su inseguridad nos permitirán saber donde pulsar para estremecerle el alma, provocar su llanto y también su risa. Solo a través de este conocimiento podremos imponer un

verdadero dominio emocional sobre nuestra víctima.

El conocimiento sin implicación emocional de los afectos también nos permitirá conocer qué gestos, palabras o acciones debemos adoptar para simular algún sentimiento humano. Al carecer de capacidad para la implicación emocional, el ogro carece de emociones auténticas, debemos interpretar el papel aprendiendo de nuestras víctimas los rituales y símbolos de las emociones para poder interpretar nuestro personaje. Desgraciadamente para la persona atenta no pasa desapercibido que nuestra actuación es solo eso, una actuación. Nuestro mayor defecto, momento es de advertirlo, es lo que en la interpretación se llama sobreactuación.

## Buscando la presa:

El ogro tiene como objetivo primario la sumisión de su víctima, aparejado a este objetivo está la necesidad de socavar y finalmente destruir la estructura de la personalidad de su presa. Una vez conocemos los puntos débiles de nuestra víctima sabemos como actuar para debilitar su ego y comenzar el dominio de su voluntad.

Sin embargo, es importante subrayar que para conseguir la destrucción de la personalidad de su víctima, el ogro debe saber elegirla bien y evaluar fríamente la relación de poder en la que se encuentra con respecto a ella. No todas las personas son susceptibles de ser nuestras víctimas, la mayoría de las personas cuando perciben que somos una fuente inagotable de sufrimiento para ellas, lógicamente, se apartan de nosotros. Un buen ogro debe saber evitar este alejamiento con diversas tácticas que explicaré más adelante, pero nunca se debe olvidar que hay personalidades que son inquebrantables a nuestro hostigamiento de amenazas, halagos, insultos, lágrimas, etc. Un buen ogro también debe saber reconocer si alguien es una víctima idónea o no lo es, como el lobo tiene que reconocer al ciervo más débil de la manada para abalanzarse sobre él.

Igualmente importante que elegir la presa correcta es comprender si nuestra situación con respecto a ella es propicia a la relación de dominio o no. La relación paterno-filial es quizás la más favorable para establecer una relación de dominio, ya que el dominio sobre un hijo solo está limitado por la edad, es decir por la más que previsible rebelión al yugo paterno en la adolescencia. El abuso sexual a menores se enmarca dentro de este tipo de relación de dominio como cualquiera puede comprender: el niño que carece de rasgos sexuales no puede provocar una atracción física o, si se lo prefiere, fisiológica; lo que atrae al pederasta es la indefensión de su víctima y la posibilidad de dominarla y ejercer sobre ella su voluntad. El pederasta, como el violador, pertenecen a nuestro gremio.

Otro ámbito fácil en el que establecer una relación de dominio son las relaciones afectivas íntimas. Si uno de los miembros ha sido educado o ha asimilado la sumisión como único modelo de conducta, la relación de afecto entre iguales puede perfectamente degenerar en una relación en donde la mentira y la manipulación emocional trencen cadenas sobre alguna de las partes de la pareja. Subrayo a los ogros que me lean y que pretendan ejercer el dominio dentro del ámbito doméstico, la importancia de buscar una pareja con unos rasgos de personalidad apropiados para convertirse en víctima. Desde el noviazgo debemos preparar el terrenos para sembrar las semillas de la opresión.

Las relaciones jefe político – súbdito, maestro – alumno, jefe – empleado, hermano mayor – hermano menor, cuidador – persona dependiente, etc. son relaciones en donde, a priori, podemos encontrar el placer del dominio, siempre que actuemos con frialdad y tenacidad. Sin embargo, no me cansaré de advertir que, exceptuando a los menores de doce o trece años, ningún tipo de relación jerarquizada asegura el asentamiento del dominio; la relación de dominio solo es asegurada por la personalidad débil de la víctima y por la astucia del ogro para establecer el control sobre su presa. Un trabajador por muy necesitado que esté siempre puede despedirse o incluso rebelarse contra su jefe, incluso cuando el

sustento de su familia esté en juego; el ogro debe comprender cuales son estos sujetos con espíritu libre invulnerables a las cadenas del dominio y actuar con ellos en consecuencia: o bien el ogro se deshace de ese elemento invulnerable a su control, o bien, evita trenzar cadenas sobre este tipo de individuo.

## La destrucción de la personalidad:

La personalidad de cada cual está estructurada de diversas formas; aún así debemos asumir que la personalidad del individuo es una estructura psicológica que intenta adaptar los rasgos del individuo a la sociedad y al entorno en el que vive para alcanzar el mayor grado de autorrealización posible. Avatares diversos en el desarrollo de la persona pueden torcer la evolución normal de la personalidad creando una estructura inadaptada e ineficaz para alcanzar la felicidad. La tarea del ogro es destruir la personalidad de su víctima anulando su voluntad de felicidad con la suya.

La autoestima es lo que marca los objetivos vitales de una persona. Quien tenga un alto concepto de sí mismo tendrá grandes metas, quien tenga un bajo concepto de sí tendrá pequeños objetivos vitales. Si conseguimos destruir la autoestima de nuestra víctima habremos socavado la piedra angular sobre la que se asienta la voluntad de vivir de una persona. Es esta frágil realidad la que el ogro debe destruir y controlar para dominar la personalidad de su víctima. Una vez destruida la autoestima, nuestra presa es un mero peón movido por nuestro capricho. Como ya se dijo, reirá cuando queramos que lo haga y llorará cuando así se nos antoje.

Cuando alguien carece de autoestima sus perspectivas vitales son bajas o nulas y solo desde perspectivas vitales bajas o nulas nuestro trato inhumano puede considerarse una opción, un camino hacia la felicidad. Muchos ogros buscan presas con personalidades ya destruidas para garantizarse el dominio sobre ellos, otros, más ambiciosos, buscan víctimas con personalidades debilitadas y se proponen como meta la destrucción de esas personalidades débiles. No juzgaré cual sistema es el mejor, el primero es fácil y produce con rapidez el placer del dominio, el segundo es más arduo y de éxito más incierto, pero una vez destruida la personalidad de la víctima el placer del dominio es más intenso.

De como destruir la personalidad y la autoestima de nuestras víctimas trataré en los próximos capítulos.

## Por tu culpa, por tu gran culpa:

Debemos partir del hecho de que el dominio por la violencia pura es raramente aplicable en las sociedades modernas. Quizás tampoco fuera deseable en tanto que el dominio psicológico sobre la víctima es un arte mucho más sutil, delicado y satisfactorio que el mero poder de la violencia física.

Siendo necesario usar mecanismos psicológicos para dominar a nuestra víctima, el ogro debe formarse en estas herramientas si quiere alcanzar su objetivo, la sumisión de su presa, de modo satisfactorio. Alimentar el sentimiento de culpa será una de estas herramientas.

En las sociedades judeo-cristianas la culpa suele sustituir al sentimiento de responsabilidad. Mientras que la responsabilidad asume errores y, por lo tanto, percibe al sujeto como elemento activo en el actuar, la culpa concibe al sujeto como elemento pasivo, receptor de culpa, no creador de responsabilidades y deberes. La culpa es responsabilidad impotente. Si conseguimos atar a nuestra víctima con el cenagoso abrazo de su culpa, tendremos su espíritu rendido.

En primer lugar debemos concienciar a nuestra víctima de que todo acto que perturbe nuestra felicidad es, directa o indirectamente, fruto de sus actos. Si tenemos que acudir a un compromiso social y en esto se nos estropea el coche, debemos achacar a nuestra víctima la avería por su insistencia en ir al compromiso. Si se nos cae una taza de café achacaremos la ruptura al estado nervioso en el que estamos porque nuestra víctima está triste. Si perdemos un avión recordaremos a nuestra víctima los quince segundos que tardó en ponerse unas medias, los veinticinco que tardó en pintarse los labios, etc. para inducir la conclusión de que es ella la culpable de la pérdida del avión.

Frases como “ya te lo dije”, “si no te hubiera hecho caso”, “si hubiéramos hecho lo que dije”... son formas clásicas con las que se introduce el veneno de la culpa en el corazón de nuestra desgraciada presa.

Los hechos que nos sirvan para alimentar la culpa no deben ser necesariamente reales. En los ejemplos que antes usé se veía claramente que la avería de un coche nada tenía que ver con la intención de acudir a una cita. Rehacer la imagen mental que nuestra víctima tiene de la realidad es el gran reto del ogro. No voy a entrar aquí en táctica de ingeniería social o de manipulación del discurso, es algo demasiado teórico que poco nos interesa, todo ogro se curte y forma de manera práctica en estas técnicas.

Los hechos que crean la culpa en la víctima, como he dicho, no tienen por qué ser reales, pero además podemos conseguir que hechos inexistentes o insignificantes empujen a nuestra víctima a una vorágine de culpa. Por ejemplo, llegamos a casa y nuestra víctima ha preparado la comida. La comida puede estar sosa o nosotros podemos fingir que lo está. Nos lamentamos, nos autocompadecemos y nos indignamos con que la comida esté sosa. “Yo todo el día trabajando y me encuentro con...”; “no te importo nada, esto no se lo puede comer ni los cerdos”; “ayer fría, anteayer salada y hoy sosa ¿es que no puedes hacer ni un plato de comida en condiciones”; etc. Con estas frases del ejemplo nos victimizamos y despreciamos a nuestra presa; no hay que olvidar que no se debe abusar de los gritos ya que el autolamento será más convincente sin ira y este

autolamento es un elemento imprescindible para obtener el sentimiento de culpa en nuestra víctima. Indignados por la comida salimos de casa, dando o no un portazo; volvemos por la noche borrachos. ¿Quién tiene la culpa de nuestro abuso del alcohol? Seguro que ya sabes la respuesta: nuestra víctima. Me veo obligado a volver a subrayar que este sentimiento de culpa debe ser inculcado a la víctima reiteradamente. No vale una vez, ni una docena, siempre la culpa debe sobrevolar el horizonte emocional de la presa.

Cualquiera en esta situación nos abandonaría, pero nuestra víctima no ¿por qué? La culpabilidad debilita a nuestra presa, la vuelve frágil y la anula. Así funciona la culpa, es como un animal que haga lo que haga es golpeado, y al que solo le queda agazaparse quieto, tembloroso, esperando que el próximo golpe tarde lo máximo en llegar.

Otra razón por la que podemos conservar a nuestra víctima es que alimentamos la culpabilidad de nuestra presa con nuestro propio victimismo. Si pretende abandonar los lazos de dependencia emocional debemos mostrarnos dolidos, atormentados y sufrientes y hacer ver a nuestra víctima que ella es la culpable de ese sufrimiento, a la vez que el único consuelo a nuestro dolor. En casos extremos podemos acudir a amenazas de suicidios, de “hacer una locura”, de precipitarnos en las drogas, etc. Todo para que la presa sienta el bocado de la culpa y vuelva a nosotros.

## La dependencia como sumisión:

Todos somos dependientes. Dependemos del fontanero, del médico, del panadero o del maestro de nuestros hijos. Ser independientes en la sociedad humana no es más que la entelequia de publicistas de marcas “contraculturales”. Ahora bien, lo que el ogro debe conseguir es que esas relaciones sociales de dependencia se conviertan en vínculos de sumisión.

Depender de alguien significa reconocer nuestra fragilidad, nuestra ignorancia, renunciar, de alguna manera, a nuestro orgullo. Esta es la brecha por donde introduciremos el veneno de la sumisión.

En primer lugar, debemos recordar la dependencia para transformarla en sumisión. La dependencia es un sentimiento tenue e implícito, como cuando jugamos a dejarnos caer sabiendo que nuestro compañero no nos dejará caer. La sumisión es un sentimiento explícito, certero y continuo, en vez de basarse en la confianza, se basa en el miedo de que al caer nadie nos sostenga. Nuestra víctima debe saber que cada vez que cae son nuestras manos las que la atrapan y que si nuestras manos no estuvieran ahí caería sin remedio. Recordar, recordar y recordar la dependencia, la convierte por reiteración en sumisión. Tu hijo debe saber que cada grano de arroz que se lleva a su boca se lo has dado tú; tu pareja debe saber que cada apoyo que le has dado, se lo has dado tú; tu subalterno que cada nómina que cobra, que cada día que permanece en su puesto, te lo debe a ti. Aunque tú también dependas de quien depende de ti, nunca debes aceptar esa dependencia, lo que te de tu víctima no vale nada, son dones hueros; al recibir de él no haces más que aceptar lo que te pertenece, el justo pago por lo que tu le das; o mejor dicho, el pago incompleto, siempre incompleto, a lo que tu das.

Los vínculos del amor y del respeto implican reciprocidad, convertir esta reciprocidad en una relación lineal de dueño – señor es la tarea del ogro que busca la sumisión. Para ello debe implementar en la mente de su víctima que los dones del ogro tienen un valor sumo y extraordinario mientras que todos sus sacrificios no son más que vanidad.

Nadie lleva en su corazón una aritmética tan mezquina, solo nosotros los ogros, de aquí nuestro poder. Nunca digamos “gracias”, di siempre “de nada”. Todo te pertenece, nada a tu víctima. ¿Qué te podría dar ella? Inculcar esta idea en su mente, socava su orgullo, su autoestima, desnuda su fragilidad, abre su herida una y otra vez y será tuya.

Recordar la dependencia es convertirla en sumisión. No reconocer lo que tu víctima te da, es convertir el afecto en dominio. Sigue este camino para trenzar sobre el cuello de tu víctima tu férrea y oscura cadena.

## Cambiaré:

Tras todo lo anterior cuesta creer que cualquier persona en su sano juicio siga al lado de uno de nosotros. La razón por la que hay gente que actúa así es el daño irreversible que hemos generado en su autoestima, pero aún esa razón es insuficiente; el animal más ínfimo huye del dolor por instinto primario. Si nuestra víctima sigue a nuestro lado es porque sabemos trenzar cadenas de dependencia y de esperanza en torno a su alma. Una de las frases favoritas de un ogro, a tal propósito, debe ser “cambiaré”.

El momento crítico en el que debemos plantearnos usar esta frase es cuando la víctima quiera irse de nuestro lado, huir del cerco. Y en ese momento crítico debemos olvidar cualquier atisbo de orgullo o prepotencia y humillarnos hasta extremos inimaginables. No temamos, no estamos perdiendo el dominio sino que lo estamos afianzando con los lazos de la conmiseración.

La técnica más hábil es autoconvencerse de lo que se dice: de la necesidad de cambiar; de los errores cometidos; de lo imposible que es vivir sin nuestra presa; etc. Si te sirve de consuelo, piensa que esos momentos de humillación te reportarán días y días de dominio sobre tu víctima, que además se sentirá responsable de tus lágrimas y de tu humillación.

No vale con interpretar bien el papel y soltar alguna que otra lágrima de cocodrilo, tienes que pensar que durante algunos días debes fingir afecto humano hacia tu presa. Caricias, abrazos, palabras dulces; con ellas la víctima no se apartará de su jaula dorada, se sentirá feliz durante esos días, creerá que el monstruo terrible en el que te habías convertido ha muerto y ahora eres quien tú eres realmente... tu víctima ingenua no comprenderá que el padre, la pareja o el superior amoroso y servicial que interpretas no es más que una máscara y que el monstruo que cree desaparecido es tu más íntima personalidad.

Tu víctima recordará esa fugaz felicidad y tu falso arrepentimiento como el más hermoso de los recuerdos, cuando vuelvas a tu ser, ese recuerdo le servirá de esperanza durante los tiempos de aflicción que le esperan. Ella sentirá algo como “quizás las cosas podrán volver a ser como antes”, sin entender que ese “como antes” no era más que el papel que el lobo interpretaba ante Caperucita.

La reiteración de esta estrategia lleva al cansancio de la víctima y la empuja a dos actitudes: la ruptura definitiva con el ogro o la resignación. La primera opción debemos evitarla siendo sutiles y cada vez más aplicados al usar esta técnica; la segunda actitud es la que debemos intentar obtener: supone que nuestra víctima ha entendido que nunca cambiaremos, pero se conforma con algunos días de claridad en una oscuridad eterna; alguna caricia, algún “te quiero” o alguna fingida ternura serán suficientes para proporcionarle esa raquílica felicidad que necesitará nuestra víctima para sobrevivir bajo nuestro dominio hasta el fin de los días.

Por último, no olvidar recordar a nuestra víctima las lágrimas, los perdones y las súplicas que hemos fingido ante ella. Así conseguiremos, incluso que se sienta culpable de nuestro falso dolor y de nuestras recaídas en las tinieblas.

## La zarpa y la lágrima:

Las cadenas no solo se trenzan con el acero, sino que también se construyen cadenas con dulces palabras y sobre todo con lágrimas.

El ogro que pretenda retener a su víctima debe hacer uso de las lágrimas para encadenar a su presa. El reproche, la desolación, la amargura, etc. deben ser herramientas habituales en el control emocional que el ogro quiere ejercer sobre su presa.

Alimentar la compasión de la víctima hacia nosotros puede ser también un método a seguir. Realmente los ogros somos seres penosos, sin amor y sin posibilidad de ser amados... no deberemos esforzarnos mucho para que nuestra víctima nos vea como las tristes cosas que somos. El dominio sobre una persona puede realizarse con la violencia o con el chantaje emocional; nadie dijo que ambos métodos fueran excluyentes.

Mi recomendación es que intentemos mantener nuestra posición de fuerza con las artimañas de control emocional antes explicadas; cuando la víctima intenta escapar del cerco de la sumisión debemos atraparla chantajeándola emocionalmente fomentando su sentimiento de culpa, exponiendo la necesidad que tenemos de ella y nuestra supuesta invalidez afectiva.

## Rompiendo vínculos, el cerco de la soledad:

Vivimos en sociedad, nuestra víctima forma parte de un entorno social del que recibe afecto, apoyo, comunicación, etc. Evidentemente, para nuestros propósitos de dominio sobre nuestra víctima sus vínculos sociales serán, por lo general, un escollo. Por ejemplo, un superior con sus empleados debe propagar el odio y la competencia encarnizada, si su víctima es un trabajador concreto debe atacar a cualquiera que se acerque a él, fomentando el aislamiento social que lo deje a nuestra merced.

Si estamos en posición de elegir una víctima, debemos decantarnos siempre por la que carezca de lazos afectivos y sociales. La razón ya la he dejado entrever más arriba: si nuestra presa no tiene apoyo social nadie podrá aconsejarla ni acogerla para cuando quiera liberarse de nuestras cadenas. ¿A quién acudirá cuando no tenga a quien acudir? Citando el Eclesiastés:

Valen más dos juntos que uno solo,  
porque es mayor la recompensa del esfuerzo.  
Si caen, uno levanta a su compañero;  
pero ¡pobre del que está solo y se cae,  
sin tener a nadie que lo levante!

En el caso de que no podamos encontrar una víctima sin vínculos sociales, debemos cercarla sutilmente con la soledad, debemos romper los vínculos sociales creados o, al menos, debilitarlos. Cuando atacamos la autoestima de nuestra víctima estamos debilitando, indirectamente, sus vínculos sociales, ya que la carencia de autoestima lleva aparejada cierto distanciamiento social. No obstante, en este capítulo trataremos técnicas concretas para obtener el objetivo de cercar con la soledad a nuestra víctima, dejándola indefensa ante nosotros.

En primer lugar debemos intentar ridiculizar sus intentos de empatizar o de agradar a otras personas. Por ejemplo, “vistes como un payaso”, “parecías una fulana con ese maquillaje”, “no puedes ocultar tu estupidez ante nuestros amigos”, etc. son frases que podemos soltar sobre nuestra presa para conseguir su autoaislamiento social. Una táctica más elaborada e interesante es ridiculizar a nuestra víctima ante el grupo social pero de modo que provoque risa esta ridiculización, de otra manera el grupo social podría ponerse en nuestra contra o intuir nuestra voluntad destructiva. Otra técnica, no por mezquina menos eficaz, es revelar secretos impertinentes ante el grupo social; al revelar secretos impertinentes ridiculizaremos a la víctima pero también alimentaremos el odio del grupo contra ella, fomentando doblemente el cerco de la soledad. Ejemplo de estas impertinencias serían frases como: “pues tu amiga X (que está presente en la reunión) no está tan gorda como me dijiste”; “he leído el informe de Y y me gustaría que le repitieses a Y, aquí presente, tus juicios desfavorables sobre el susodicho informe”. Creo que los ejemplos clarifican el objetivo de esta táctica: dañar los vínculos sociales de la víctima hasta reducirlos a escombros.

Otra manera de dañar esos vínculos es ningunear o ridiculizar a los familiares, amigos, compañeros, parejas o ex-parejas de la víctima. Si los hacemos

parecer escoria social, un grupo de imbéciles o gente interesada, nuestra víctima puede llegar a interiorizar esa imagen y ser ella misma la que debilite los vínculos con ellos. Una variante de esta táctica es meter cizaña entre nuestra presa y su grupo social, esto incentiva el odio, el resentimiento y, finalmente, la destrucción de los vínculos.

Obviamente, impedir que nuestra víctima socialice es también una estrategia a seguir. Si va a marcharse por algún tiempo debemos encontrar excusas para retenerla: la necesitamos, se está muy bien en casa, me voy a quedar solo, porque te alejas de mí, etc. Sin ser demasiado evidente debemos intentar que la víctima viva el mayor tiempo posible en la jaula que nosotros hemos creado para ella: una jaula de desprecios, de avasallamientos y del imperio de nuestra soberbia. Evitar que salga lo menos de esa jaula es vital porque ¿qué ave que escape de su jaula querría volver a entrar? Cuando la víctima saborea la franqueza de una risa, la confianza sincera, el afecto fraternal ¿querrá volver a nuestra sórdida mazmorra de gritos, llantos y humillaciones?

Utilizando estas técnicas junto con la táctica general del socavamiento de la autoestima, conseguiremos que nuestra víctima se encierre en sí misma y vea en la cárcel que le hemos preparado su hogar. Cuando no tenga a nadie más que a nosotros habremos ganado mucho en nuestro afán de mantener el dominio sobre ella.

## La violación de la intimidad:

El desarrollo de la personalidad precisa tanto vínculos sociales como el respeto al ámbito de la intimidad personal. El individuo, desde pequeño, necesita tener “su espacio” como individuo, más allá de familia, amigos y sociedad en general. Si carecemos de esta faceta, nuestra personalidad termina por no tener cimientos en los que asentarse, carecemos de personalidad misma y nos convertimos en un simple eslabón de la cadena social.

Vimos como uno de nuestros objetivos con nuestra víctima era despojarla de apoyo social, romper los vínculos que le ataban a los compañeros, amigos, familiares... Si junto a esto conseguimos arrebatarle la intimidad personal, nuestra víctima carecerá de soporte alguno para sustentar su personalidad: ni la socialización ni la fuerza del yo. ¿Cómo conseguir este objetivo? Lo veremos a continuación.

Generalmente respetamos la esfera “personal” de la gente que nos rodea: su móvil, su diario o sus silencios. Entendemos que la gente necesita su espacio. Pues bien, si un ogro quiere establecer el dominio sobre su presa, debe aprender a violar sistemáticamente todos los ámbitos personales de la víctima. Por ejemplo, hurgar en sus notas, leerle los mensajes del móvil, comprobar su agenda, etc. son actitudes que debemos realizar con frecuencia para mantener el control sobre la víctima. Si nos reprocha nuestra actitud, no tenemos más que insinuar que algo ocultará cuando no confía en nosotros. Si además reprochamos cosas descubiertas de este modo en una discusión, nuestra presa se sentirá en un estado de indefensión y exposición constante.

También la propiedad es una herramienta para crear un ámbito de intimidad. Nuestros recuerdos a veces tienen forma de objetos materiales sobre los que hemos elaborado vínculos afectivos, no meramente de propiedad. El desprecio a estas propiedades será un primer paso para destruir la intimidad de nuestra víctima, pero aún será más profundo nuestro dominio sobre ella cuando destruyamos esas propiedades o le impidamos el acceso a ellas. En algunos países las mujeres no tienen derecho a la propiedad, perfecto sistema para mantenerlas en un eterno estado de dependencia y de dominio bajo el yugo de un enjambre de ogros.

Si nuestra víctima carece de vínculos sociales, es decir, si hemos cumplido bien nuestro papel, necesitará revelar y desahogar su corazón con alguien; y ese alguien solo podrás ser tú. Conseguir esta confianza de nuestra víctima es crucial, ya que así ella misma entrará en nuestra jaula con sus confidencias. Una vez hechas estas confidencias podemos hacer varias cosas con ellas: hacer burlas a nuestra presa con ellas, hacer reproches con esa información o divulgar las confidencias en los foros menos pertinentes. Así la sensación de desvalidez de nuestra víctima será intensa y desesperante. Aunque parezca mentira, muchas víctimas siguen confiando en sus ogros a pesar de que ellos desprecian hasta tal punto su intimidad; la razón de esto es que carecen de apoyo social para verter esas confidencias en otras personas junto a la necesidad radicalmente humana de buscar en otra persona apoyo y escucha.

Tener un secreto profundo de nuestra víctima e insinuar su divulgación

también puede ser un sistema de violación de la intimidad efectivo y fuente de miedo y zozobra para nuestra presa.

En definitiva, socavar, destruir y desprestigiar la intimidad de nuestra víctima debe ser una tarea que ejecutar sobre cualquiera de nuestros objetivos, especialmente si carece de vínculos sociales fuertes que compensen su desamparo.

## La psicología del ogro:

Hasta ahora hemos tratado de nuestras víctimas, como son y como dominarlas. Ahora hablaremos de nosotros, de como el ogro es y siente. El conocimiento es poder y, por lo tanto, conocer nuestra negra alma nos ayudará a ponderar sus límites y a comprender nuestras propias motivaciones.

Para empezar debemos entender que su ego para un ogro es el centro del mundo. La palabra “mío” es como una oración para todo ogro que se precie. Mientras que el resto de mortales adapta su yo a la realidad social circundante, el ogro de su yo hace una metástasis agresiva que subyuga al universo que le rodea. Alguien dirá que llenar así nuestro ego es como llenar un globo con aire vacío; que así sea, mientras siga lleno el máximo tiempo posible. De aquí se concluye que todo los afectos del ogro redundan en él y no en los otros, no debemos olvidar esto y sin olvidarlo actuar en consecuencia.

Los excesos del yo nos llevan a delirios de grandeza. Nuestra belleza, inteligencia o principios morales no son como los de los demás, ellos son gusanos insignificantes, nosotros seres humanos. ¿Acaso un hombre teme pisotear a los gusanos?

Cualquier oposición a nuestro ego se interpretará como insulto o amenaza. Como no siempre podremos vencer a los enemigos reales, buscaremos enemigos imaginarios en los que descargar nuestra frustración; ellos serán nuestras víctimas. El lema será “un mal día para mí, un infierno para ti”. No merece la pena intentar derribar un muro a puñetazos o con insultos pero podemos imaginar que nuestra víctima es el muro y derribarla a ella.

El tema de la autoridad precisa, también, nuestra atención. La ideología del ogro es que un hombre puede dominar a otro hombre; es nuestra antropología y nuestro sueño: el dominio. Pero cuando admitimos que la relación de dominio es una relación humana factible e incluso la relación más natural y deseable de todas, estamos admitiendo que el mundo se divide en dominadores y dominados; y que también nosotros podemos pertenecer a uno u otro de esos grupos. Es decir que al no considerar la dignidad y la libertad del hombre absolutas, estamos asumiendo que nuestra propia libertad o dignidad son también relativas. Esto puede resultar contradictorio con el énfasis que el ogro pone sobre su ego, pero esta sumisión a la autoridad rige en nuestra mente de manera inconsciente. La autoridad que respetamos, es la que ambicionamos y, por lo tanto, somos sumisos a nuestro afán de dominio y, en definitiva, a nosotros mismos.

Lo anterior explica por qué el ogro, tan cruel cuando ejerce el dominio, puede comportarse con una sumisión que raya en la rastrero cuando es dominado: reconocemos como relación natural entre las personas la relación de dominio-sumisión.

Con esto acabo este opúsculo. Pero antes de que cierres estas páginas he de decirte otra radical verdad a ti, ogro. Yo soy como tú, todos los hombres y mujeres lo son un poco, así que me comprenderás cuando te lo diga. A pesar del poder, a pesar del dominio sobre los otros hombres, a pesar de tus sueños de grandeza o tu pletórica soberbia, siempre, siempre estarás solo.